

REFLEXIONES SOBRE LA PROGRAMACION DE LA HISTORIA EN ENSEÑANZAS DE GRADO MEDIO (1)

A. DOMINGUEZ ORTIZ(*)

La enseñanza de la Historia se introdujo con carácter regular y sistemático a mediados del pasado siglo en los programas de los recién creados Institutos de 2.^a Enseñanza y algo después también en las Escuelas Normales. Desde entonces, y más acusadamente en el último medio siglo, no ha cesado el tejer y destejer la programación, revelando una insatisfacción por la cantidad y calidad de la enseñanza impartida. Y esta preocupación no lleva trazas de desaparecer, en España y fuera de ella. Se discute sobre el papel de la Historia, la intensidad con que debe explicarse, la orientación que debe darse a esa explicación y su autonomía dentro del cuadro general de materias objeto de la actividad docente.

Tales preocupaciones no son exclusivas de esta disciplina, pero en ella revisten especial gravedad por su amplitud, por sus múltiples conexiones y por su carácter polémico, que conlleva siempre el riesgo de la politización. Comencemos por la amplitud. Es evidente que todas las disciplinas son amplias, pero no todas están en proceso constante de ampliación como la Historia; por uno de sus extremos, el conocimiento del más remoto pasado humano se profundiza, se enriquece cada día con nuevas aportaciones, la Prehistoria se convierte en ciencia autónoma y especializada..., pero ha de exigirse al profesor no especializado de Historia que la conozca y que la explique en sus rasgos esenciales. Por el otro extremo, la materia histórica se enriquece con la actividad incesante del hombre, que cada día *crea* Historia. Historia viva, actual, de la que no puede prescindirse. Ya no se considera lícito dejar un *no man's land* de treinta o cuarenta años con el pretexto (no del todo falso) de que hace falta perspectiva. Para bien o para mal, la Historia que hoy se enseña se funde en el límite con el periodismo, con el noticiario.

A tal prolongación temporal corresponde otra espacial. Para no incurrir en el reproche de *europocentrismo* hay que prestar más atención

(*) Antonio Domínguez Ortiz, de la Real Academia de la Historia, Premio Príncipe de Asturias, Catedrático de Geografía e Historia.

de la que solía dárseles a otros continentes, a otras culturas. Pero lo que más contribuye a engrosar el volumen de la ciencia histórica es la profundización a que nos conduce la *historia total*, la exploración de áreas, espacios, actitudes y mentalidades humanas que antes eran tratadas someramente, sin rigor, o pasaban desapercibidas, como trivialidades.

Hace pocos años era corriente atribuir este cambio, este enriquecimiento de nuestro panorama histórico al Congreso Internacional de Ciencias Históricas de 1950, que puso fin a nuestro aislamiento gracias a Vicens Vives, que nos trajo su mensaje, la Buena Nueva de las corrientes históricas que se estaban perfilando fuera de nuestras fronteras. Sin negar la importancia de tal aportación hay que señalar que el movimiento era más profundo. Coincidente, e incluso anterior, fue la polémica Américo Castro-Sánchez Albornoz. (*España, un enigma histórico*, se publicó en 1948). De signo diverso, e incluso opuesto, tanto a la escuela marxista como a la de los *Annales*, el debate de estos dos grandes historiadores indicaba que se había producido un cambio de coyuntura, que afloraba una nueva sensibilidad para estos problemas y que este cambio ni se efectuaba en un solo sentido ni era mera repercusión de hechos externos. Pues bien, aunque sea de una manera sumaria, la enseñanza de la historia, incluso en los niveles medios, no puede ignorar esta profundización, estos debates, estos diversos enfoques del pasado. No sólo hay que proporcionar a los alumnos una idea sintética de esa diversidad interpretativa sino que hay que invitarles a expresar su propia opinión, hay que animarles a tomar partido en la medida en que estén en condiciones de hacerlo. Dicho de otra manera: la ampliación de la materia histórica no debe afectar sólo a los contenidos sino a los métodos.

Digamos incidentalmente que la repercusión de estas novedades metodológicas en los textos fue muy rápida. Quedan ya lejanos los tiempos en los que mediaban decenios entre la rectificación de errores o el alumbramiento de nuevas teorías y la fase de vulgarización de esas adquisiciones. Hoy el lapso entre la adquisición de nuevos conocimientos y la entrada de estas novedades en el torrente circulatorio de los libros habitualmente usados en la enseñanza es mínimo, lo que indica que el profesorado sigue muy de cerca los progresos de la investigación, que entre el ámbito de la investigación y de la docencia hay esa relación estrecha cuyo valor algunos no acaban de comprender e incluso delatan ciertas incompatibilidades prácticas, cuando lo cierto es que todo docente conviene que tenga algún grado de investigador, aunque no sea más que para transmitirle esas novedades y esa noble inquietud a sus alumnos, y recíprocamente, convendría que todo investigador practicara en alguna medida la docencia para dar claridad a sus exposiciones y situarse al nivel de sus potenciales lectores. Una interesante experiencia en este sentido es la que está llevando a cabo el colectivo de profesores de Bachillerato de Andalucía agrupados en la Asociación «Hespérides», dividida en dos ramas, científica y pedagógica, estrechamente unidas. Por supuesto, para que esta vocación investigadora se desarrollara sin trabas sería conveniente que en cierta proporción se considerase como parte del horario fijo de trabajo, aspiración aún no conseguida a pesar de las declaraciones que tantas veces hemos escuchado acerca de los propósitos de fomentar la



A. DOMINGUEZ ORTIZ

investigación. Pero esta es otra historia, y no de la que cae bajo la tutela de Clío.

Retomando el hilo de nuestras reflexiones diremos que lo primero que se ofrece en contrapartida de la forzosa ampliación del campo de la enseñanza de la historia es disminuir los contenidos tradicionales, por ejemplo, la supresión de esas tan voceadas listas de reyes godos que yo, en mi larga experiencia, nunca he visto exigidas en su integridad y que tampoco se pueden suprimir por completo. El concepto de la historia político-institucional como parte integrante de la historia social es una de las recientes adquisiciones del pensamiento teórico sobre la historia. Un plebiscito, una batalla son *eventos* que no deben caer bajo la excomunión que algunos lanzan sobre todo lo *evenemencial*. Al fin y al cabo, si la masa es un conjunto de individualidades, la trama puntiforme de la realidad cotidiana es un conjunto de sucesos de los que algunos emergen con la misma fuerza que destacan ciertas personalidades poderosas de entre el general anonimato. Mas veamos el caso de las *realidades permanentes*. La promulgación de una constitución es un hecho singular. Su aplicación diaria es, sin embargo, una parte del tejido continuo de la historia. Dígase lo mismo de las leyes de inferior rango pero de acusada incidencia, por ejemplo, la expulsión de los jesuitas. ¿Cómo mencionarla sin mencionar también el año en que se promulgó y el rey que la sancionó? Hay un orden espacio-temporal cuyas coordenadas deben ser asimiladas so pena de introducir al alumno en un mundo gelatinoso en el que todas las nociones se confunden, en el que no se sabe el orden de prelación de las cosas, no se está seguro de cuál fue el siglo de Luis XIV o cuando se firmó el Tratado de Versalles. La pérdida del sentido de orientación que da el conocimiento de un cierto número de hitos firmes no sólo destruye la relación de causalidad sin la que la historia es un mero puzzle; tiene también que producir una desorientación parecida a la de los extraviados que marchan girando sobre sus pasos en un desierto.

Casualmente, acabo de recibir de Javier Gil Pujol, joven y excelente investigador catalán, un trabajo en el que pone de relieve esta revalorización de la historia política en el que, entre otras, encontramos estas afirmaciones: «Aunque la historia política nunca arrió bandera ante los embates de la historia social y económica, se asiste en años recientes a una rehabilitación de la misma desde distintos ángulos, resultado en buena medida de considerársela ahora bajo la luz de los avances realizados en ciencias políticas y sociales, antropología y otras disciplinas allegadas, hecho que se constata en una variedad de trabajos y en un nuevo modo de abordar temas que a menudo y hasta no hace mucho eran considerados *meramente* políticos». Cita en apoyo de esta tesis autores de tan variada procedencia como Jacques Le Goff, Michel Foucault, Lublinskaya, I. Wallerstein, Lawrence Stone y otros muchos y concluye: «—Sea como fuere, parece innegable que, en conjunto, una historia política renovada merece de nuevo la atención de significados sectores historiográficos» (2).

Añadamos por nuestra cuenta que en España es aún más urgente que en otras naciones el estudio histórico del Poder, puesto que, a través de la legislación, la fiscalidad y las obligaciones militares, impuso unas cargas y

unas orientaciones que actuaron de modo decisivo en los destinos de nuestro pueblo.

Si, pues, hay que conservar lo esencial de la historia clásica o tradicional (renovando, por supuesto, el enfoque) y además hay que agregarle el inmenso caudal de nuevas perspectivas acumuladas en los últimos decenios, se comprende y se comparte la preocupación de los responsables de la elaboración de los programas escolares. Preocupación acrecida porque en casi todos los países los horarios impuestos han tendido a disminuir el tiempo consagrado al estudio de la historia. Es este un fenómeno curioso y lamentable acerca del cual corren diversas explicaciones. La que se suministra de manera oficial u oficiosa es que la inflación de materias a impartir tiene que reducir la parte alícuota de cada una. Sin duda, hay una gran parte de verdad en esta explicación, pero hay otra, no contrapuesta sino complementaria, que he oído a persona tan introducida en los medios históricos internacionales como D. Miguel Batllori (3) y que se refiere a la animosidad que suscitó en amplios medios sociales el papel beligerante que a la enseñanza de la historia se le hizo desempeñar como arma política en tiempos no lejanos (y no del todo desaparecidos, ni mucho menos). Precisamente para contrarrestar ese papel maléfico de la historia-objeto, de la historia instrumento agresivo, vocero del más desatado nacionalismo, se instituyeron después de la II Guerra Mundial los Coloquios para la mejora de libros de texto patrocinados por la UNESCO y que, en determinadas áreas del mundo democrático, han producido apreciables frutos.

Por unas o por otras razones, lo cierto es que la oferta de historia que hoy se da en los centros educativos a un público ansioso de ella es insuficiente, y ello trae consigo un corolario muy dañoso: el público sacia esa apetencia, colma ese déficit en fuentes de dudosa solvencia. La proliferación de temas históricos en filmes, fascículos, series televisivas, novelas históricas y otros medios de comunicación es prueba de este aserto. Y esos medios supletorios, si a veces están realizados con dignidad y competencia profesional, con mucha frecuencia revelan un nivel lastimoso, al servicio de intereses puramente comerciales.

Después de este aldabonazo, por si puede hacerse llegar «a quien corresponda», sólo queda ver cómo se podrá encajar tan vasta materia en tan reducidos límites. A la Prehistoria hay que concederle la importancia que hoy tiene, y ponerla en relación con las culturas primarias que aún hoy existen; mostrar que no es algo que pasó sin dejar huellas. La comparación con los «prehistóricos actuales» tiene un gran valor pedagógico como demostración de la relatividad del tiempo histórico, y a la vez constituye un nexo importante con la Sociología, ciencia ausente de nuestros planes educativos, mientras que en otros países absorbe un buen porcentaje de los mismos. La solución de esta anomalía no está, a mi juicio, en diluir el contenido de la Historia en un Área de Ciencias Sociales en la que perderá su personalidad, sino en mostrar las relaciones entre ambas ciencias.

Explicado el concepto de «ciclo cultural» como unidad relativamente cerrada, no sería preciso ni conveniente enumerar las 76 culturas de Gordon W. Hewes, ni las 34 de Toynbee, aunque sí sería sumamente ilustrativo contemplar y comentar un mapa de las mismas. El conocido

libro de Braudel sobre las grandes culturas de ayer y de hoy podría suministrar el cañamazo de una exposición en la que nuestra cultura occidental, con sus raíces grecolatinas, debería ocupar el espacio esencial, no por un sentimiento de vanidad o autocomplacencia, como en los últimos tiempos se ha denunciado, sino por dos razones elementales: porque es la nuestra y porque es atípica, como lo demuestra su extensión planetaria.

Ese espacio cultural de Occidente se fragmenta en una serie de estados, que hasta ahora han suministrado el marco expositivo y también han sido no pocas veces ocasión de esa instrumentalización racista o nacionalista que tanto daño ha hecho a la historia. Hoy ese marco estatal resulta desbordado por sus dos extremos: resulta demasiado estrecho para dar cuenta de hechos socio-económicos y culturales de dimensiones más vastas. Es evidente que fenómenos como el Feudalismo, el Renacimiento, el nacimiento de la Ciencia moderna, etc., hay que explicarlos en su contexto europeo. Mas, por el otro extremo, al profundizar en temas tales como la Demografía, el mundo rural y otros, los investigadores han advertido tan grandes variedades dentro de cada formación estatal que han tenido que acudir al marco regional o comarcal como unidad de investigación y exposición.

Bajo esta luz, el auge actual de la historia regional y su inclusión de los programas escolares no aparece como un hecho coyuntural de connotaciones políticas sino como el término de una evolución interna del pensamiento histórico que, afortunadamente, ha venido a coincidir con unas circunstancias exteriores favorables al desarrollo de esta tendencia. Concebida así, la historia regional no sería un elemento paralelo o yuxtapuesto, un apéndice que vendría a incrementar el trabajo del alumno y la dificultad de encontrar en el calendario las horas necesarias; sería, por el contrario, un elemento que se inserta en un todo orgánico y ayuda a la comprensión del conjunto.

¿Debemos ir más allá, dar cabida también a la historia local en un plan de estudios? No faltan opiniones afirmativas, basadas en razones atendibles, pero yo opino que, salvo casos singulares, la historia local no es de por sí una unidad expositiva, no tiene autonomía propia, no es comprensible sino en el marco de la comarca o de la región. Bastaría por ello suministrar las referencias adecuadas que vayan surgiendo en el curso de la exposición, acompañadas de algunas sesiones complementarias y extraescolares que podrían tener un fuerte sentido práctico, por ejemplo visitas artísticas a los monumentos de la localidad, charlas y trabajos escolares sobre personalidades distinguidas, rescate de objetos arqueológicos, catalogación de alguna biblioteca o archivo, etc.

Prescindiendo, pues, de la historia local, tendríamos organizado todo el Corpus histórico a transmitir en cuatro sectores o escalones, no distintos, paralelos ni sucesivos sino encapsulados como las cajas chinas o las muñecas rusas: Consideración general de las grandes culturas, estudio especial de la cultura occidental, estudio del estado español como molde de pueblos, con sus proyecciones exteriores (con especial referencia a la América hispana) y estudio especial de la región, no como pieza aislada sino como parte de un conjunto y paradigma que ayuda a comprender otras entidades similares.

El engarce de estas distintas partes entre sí ha de plantear problemas muy delicados; de su resolución depende que sea un eficaz elemento educativo evitando los peligros de *absolutizar* uno de los eslabones de esta cadena, peligros que van desde el cosmopolitismo desenraizado al particularismo local, pasando por el racismo cultural y los nacionalismos de grande o pequeño ámbito. Y desde un punto de vista más pragmático, creo que aquí podría estar la solución del problema que al principio nos planteábamos; solución o, al menos, atenuación del contraste entre la inmensidad de la materia y el tiempo lectivo disponible, porque al concebir las grandes unidades tradicionales: Historia universal, Historia nacional e Historia regional de forma integrada se eliminarían repeticiones, se podría prescindir de muchos datos accesorios y se afirmarían una serie de ideas clásicas que fueran el armazón sobre el cual descansara, con más o menos amplitud, según la capacidad de cada uno, ese revestimiento de historia episódica que es también indispensable, que es como la carne y sangre que convierten un descarnado esqueleto en un atractivo ser humano.

NOTAS

- (1) Estas breves consideraciones constituyen el resumen de mi intervención en una Mesa Redonda organizada por la Dirección General de Personal del MEC y celebrada el 18 de mayo de 1984.
- (2) *Notas sobre el estudio del Poder como nueva valoración de la Historia Política*. -Separata de PEDRALBES, n.º 3, Barcelona, 1983.
- (3) Historiador y académico catalán, miembro directivo muchos años de la Asociación Internacional de Ciencias Históricas.

